

## Curiosidad malsana

María Moraño

¡En qué maldita hora me adentré en aquel sendero! ¡En qué maldita hora! No es sencillo relatar lo que viví ese día, pero trataré de que mi narración sea lo más fiel posible a la realidad.

Sentía curiosidad por conocer ese bosque; apenas llevaba unas semanas residiendo en el pueblo y no había criatura, de este mundo o del otro, que no sofocase un grito de espanto cuando escuchaba pronunciar su nombre. Por eso mismo, porque esa sensación es la que, justo hoy, me embarga, no develaré su denominación. No obstante, y con la intención de advertir a quienes sientan, como yo sentí, el impulso de traspasar la frontera, relataré lo sucedido, a expensas de padecer los más terribles tormentos por su causa.

Estando así las cosas, rozando la hora del crepúsculo, comencé -felizmente- el camino sinuoso, rodeado de vegetación a cada lado. El sol aún yacía tímidamente sobre el horizonte en sus últimos minutos, y regalaba frágiles destellos que otorgaban tonalidades más vivas, más claras, más brillantes, más limpias. Se escuchaba a todas luces el ondular de las ramas al viento, y algunas aves liderando sus bandadas hacia un lugar más seguro. ¡Cómo no lo supe intuir! Mis pasos, diligentes, provocaban golpes secos y cadenciosos, simulando el tic tac del vetusto reloj de cuco que regentaba la estancia principal de la casa donde me hospedaba. Transcurridos cinco minutos —puede que una hora, no lo puedo asegurar—, atisbé a lo lejos una formación rocosa. Por aquel entonces el sol ya se

había escondido y la oscuridad reinaba de manera imperiosa. La bruma lo inundaba todo, impidiendo distinguir la presencia de la luna llena.

Sin saber exactamente el motivo, algo en mi interior comenzó a advertirme: la inquietud me invadía. Todavía estaba a tiempo de escapar, pero entonces no lo supe. Siempre condenaré mi carácter atrevido, y espero algún día poder escapar de esta eternidad que me mortifica. ¡En qué maldita hora, Dios mío, atravesé ese bosque!

Para no desorientar a quien me lea, sigamos, pues, con el relato. Haciendo un gran esfuerzo visual, conseguí percibir en la lejanía dos estructuras cilíndricas de madera vieja, colocadas en pie y que sostenían en el centro, de manera horizontal, un rótulo con forma de pergamino. No lograba vislumbrar lo que anunciaba. Decidí acercarme poco a poco, sin hacer ruido, mas a cada paso se escuchaba el crepitar de las hojas grises y secas de los árboles, que yacían en el suelo. Naturaleza muerta. Sentí un frío terrible. El miedo me atenazaba, colándose hasta el tuétano de mis huesos. Empecé a escuchar sonidos, y puedo asegurar que así fue, aunque no que fueran ciertos. Silbidos agudos y punzantes introduciéndose en mis oídos y ascendiendo hasta el cerebro, quemando mis neuronas hasta dejarme exhausta. Coloqué las manos en mis orejas para intentar mitigar el dolor. Avancé un poco más, levanté la vista al cielo, y entonces divisé sobre el letrero a un centenar de cuervos. No piensen que exagero, fui consciente de todos y cada uno de esos cien pájaros negros, fiel presagio del infortunio que se avecinaba. Y ahora entenderán por qué.

Esas criaturas del infierno, en su totalidad, arremetieron sobre mí, como si de un tornado gigante y dantesco se tratara.

Una energía maligna se adueñó de mis entrañas, mientras los cuervos me sacudían, arriba y abajo, a izquierda y derecha, y mi cuerpo ondulaba al viento, como una muñeca de trapo. Sus picos, puntiagudos, se clavaban en mi carne y en el centro de mis ojos, convirtiendo mi mirada, antes almendrada, en dos líneas finas y perpendiculares. Ya no sentía ningún dolor. Todo se había esfumado. Intuyo que fue su modo de darme la bienvenida. De repente, desaparecieron en el horizonte, tan veloz y tan violentas como habían llegado, y entonces sí que lo vi. Ese cartel. Ese horrendo letrero. Ese infierno del que jamás podré salir. Y donde te espero, ansiosa:

*“Bienvenida a tu necrópolis”.*